CARMEN (Por la mujer del cuadro.) ¡Iguales somos ya, compañera de infortunio y de engaño! (Levantándose con energía dolorosa.) ¡No!... ¡No somos iguales!... Tú, arrojada contra ese lienzo, por el capricho de un pintor, eres cosa muerta. Yo vivo. (Hace ademán de dirigirse al foro.)

IRENE ¡Carmen! (Como si quisiera contenerla.)

CARMEN No temas. Mi dolor no grita, es muy hondo para subir a la garganta. Está tranquila. Ya lo ves. Ni siquiera lloro. (Este momento, a la inspiración de la artista. En el segundo fondo habrá figuras contemplando los cuadros.)

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

El teatro representa un gabinete en la casa donde vive Carmen. A la izquierda, una puerta que supone comunicar con la de la calle. A la derecha, en primer término, un balcón practicable, con cortinas, que estará abierto al comenzar el acto. En el fondo, una alcoba a la italiana, separada del gabinete por columnas y adornada con cortinas iguales a las del balcón. En esta alcoba habrá una cama, y delante de ella, perfectamente visible para el público, una cuna de mimbres. En el gabinete, en primer término, a la izquierda, una máquina de coser. Sobre ella un rebujo de tela blanca, y debajo de él unas tijeras grandes y puntiagudas, de las llamadas de cortar. Junto a la máquina, un cesto de costura. El resto del mueblaje, modesto, pero de buen gusto. La escena comienza al caer de la tarde; los rayos últimos del sol penetran por el balcón abierto, en dirección de la alcoba. Al levantarse el telón aparece Carmen sentada en una silla con el niño en los brazos, colocado en forma que sólo se le vean de él los encajes y cintas que lo visten. Carmen contemplará al niño con fijeza angustiosa. Irene estará sentada cerca de Carmen.

ESCENA PRIMERA

CARMEN e IRENE.

CARMEN ¡Duerme! Quizás por no ver estos ojos míos, todo negrura y pena, se cerraron los suyos, todos alegría y todos luz. (A Irene.) ¿Verdad que es hermoso? ¿Verdad que en esta carne sonrosada, en este pedazo vivo de inocencia, no hay un solo estremecimiento que no hable a la compa-

sión y al amor? Nadie, viéndote dormido, débil, con la sonrisa en la boca y los temblores de un sueño juguetón en los párpados, fuera capaz de hacerte daño. El más desconocido para ti de los hombres abriría los brazos sobre ti... ¡Tu padre los cierra y te abandona para siempre! ¿Sabes? ¡Para siempre! Es algo así como si te cogiera y te alzara en alto y te soltara después de golpe, y se alejase encogiendo los hombros, sin volver la cabeza para mirar donde caías.

IRENE ¡Cálmate, por Dios, criatura!

CARMEN (Secándose las lágrimas nerviosamente y retirando la cabeza de la de su hijo.) ¡Hijo mío! ¡No! ¡No quiero que mis lágrimas caigan sobre ti! Su fuego quemaría tu piel. Las lágrimas del abandono aun deben ser sólo para mí. Sonríe a tus ensueños de ángel... ¡Tiempo vendrá en que las lágrimas del abandono corran por tus mejillas sin que yo me atreva a enjugarlas!

IRENE (Acercándose a Carmen.) Tal vez aquellos dos hombres hablaron por hablar; tal vez un dicho, una suposición, aumentada de unos en otros, llegó hasta ellos y la repitieron a tientas, sin certeza de la exactitud.

CARMEN No te esfuerces dándome esperanzas que eres la primera en no tener. Aquellos hombres no mintieron. Nos deja. He sido el pasatiempo estudiantil, el juguete de sus noches ociosas. Fuí yo. Otra cualquiera hubiera sido igual. ¿Soñé en algo más grande? Peor para mí. ¿Vino el hijo en mal hora para su conveniencia? Peor para el hijo si vino. Que siga la suerte de su madre. El se va, se va donde sus ambiciones y sus egoísmos le llaman. Su carrera y nuestros amoríos marchaban a la par. Concluyó la una y concluyeron los otros.

IRENE ¡No es posible! ¡Te repito que no es posible! No me cabe en los sesos que Julián sea tan cruel para su hijo y tan cobarde para ti. A su hijo no puede abandonarle. A ti, aunque de romper contigo tratara, no te iba a dejar sin una explicación. ¿Cómo ha de hacer eso Julián?

CARMEN Es más cómodo. Así evita lágrimas y reconvenciones. Tierra por medio. Pasan los meses... Escasean las cartas. Un día el silencio por toda respuesta a la madre y a la mujer, y todo concluyó. Así quiere él que sea. ¡Así!... No será.

IRENE ¿Qué piensas hacer?

CARMEN Algo... ¡Todo!... Pero, ese todo, ¿qué es? Quiero pensarlo y mis pensamientos se confunden. ¡Pensar!... Todavía no puedo. No hay sitio para pensar en mi alma. ¡Rebosante se halla de lágrimas y de dolor!... Aun no puedo pensar. Dejo a los suspiros salir por mi garganta; dejo a mis lágrimas que rueden. Gracias a ellas no se me ha roto el corazón. ¡Que salgan! ¡Que salgan! Son mi dicha última. ¡Luego ni esa dicha tendré!

IRENE (Llorando.) Tendrás al menos quien te ayude a sufrir. Y si tu desgracia llegara; si este ángel y tú os encontrarais solos, no sería tan solos. Aun estamos yo y Mariano en el mundo.

CARMEN ¡Gracias, Irene! ¡Muchas gracias por él!

IRENE (Por el niño.) ¡Pobrecillo!

CARMEN Más pobre que los que aguardan con su madre, en la calle, en el quicio de una puerta cualquiera, el regreso del padre. A veces viene éste sin pan, pero viene siempre con amor.

IRENE Cuanto más le miro menos creo que se atreva Julián...

CARMEN Pronto lo sabré. Cuando él venga.

IRENE ¿Vas a preguntarle?

CARMEN Ya te dije que no sé lo que haré. (Como si

hablara con el niño.) No estás bien en mis brazos. La desesperación los contrae a veces con tal fuerza, que martirio son para ti en lugar de caricia. (Se levanta con el niño y lo echa en la cuna.) Aquí estarás mejor. Yo, a tu lado, velando el sueño que te hace sonreir mientras lloro yo.

IRENE (Dirigiéndose hacia el balcón.) ¿Cierro?

CARMEN Deja entrar los últimos rayos del sol. Ya ves, soy romántica, como dice Julián, y estos rayos pálidos que se extienden hacia la alcoba me parecen una caricia de la luz, una despedida que nos da la felicidad antes de dejarnos para no volver nunca. (Señalando al balcón.) Mira. El sol va cayendo... cayendo... Ya no se le ve... Como abanico de oro se abren sus destellos en el cielo y reflejan aquí... Avanzan sobre las cortinas... Llegan hasta la cuna... Por ella suben... Se detienen en el rostro de mi hijo... Vienen y van sobre sus labios... Es el último beso de este día que muere. Sólo queda una línea de oro... Ya nada... Todo concluyó... ¡Hay que aguardar la noche! ¡Cierra! ¡Cierra! (Irene lo hace.) ¡Ay! ¡Si a la desventura pudiera cerrársele las puertas como se cierran a la luz! (Estas gradaciones de la luz hay que hacerlas con gran precisión para que respondan a los momentos que marca el diálogo. Carmen queda junto a la cuna contemplando a su hijo. Después se dirige hacia Irene, que ha cerrado el balcón.) ¿Por qué no te vas?... ¡Mariano debe estar aguardando! Tendrá ansias de partir contigo, en la soledad del estudio, su hermoso triunfo de hoy. Ya que podéis serlo, sed felices.

IRENE ¡Dejarte! ¡No te dejo así! ¡Que me aguarde Mariano! No sería digna de esa felicidad que nombras si fuera tan egoísta que te abandonara en tu pena. Aquí

quiero estar, aquí estaré, como no me eches tú.

CARMEN ¡Echarte!... No, Irene. ¡Qué mejor compañera para mi sufrimiento! No es echarte. Es necesidad de estar sola. Julián vendrá de un instante a otro. Cuando venga, entre él y yo no ha de haber nadie. Nadie más que nuestro hijo.

IRENE Pero... (Como temerosa.)

CARMEN No receles que intente nada contra mí... (Señalando la cuna.) Soy lo único que le queda en el mundo. ¿Cómo voy a dejarle?

IRENE Si ésa es tu voluntad, adiós. (Se dirige a la cuna, da un beso al niño.)

CARMEN (Abrazándose a Irene y llorando.) ¡Adiós! (Haciendo un violento esfuerzo para separarse de Irene y enjugándose el llanto.) ¡Ea, basta de lágrimas!

IRENE ¿Hasta luego?

CARMEN Hasta luego, sí. ¡Juana! (Entra Juana.)

JUANA ¡Señora!

ESCENA II

CARMEN, IRENE y JUANA.

CARMEN Acompaña a la señorita. (Por Irene.)

IRENE No hace falta. (Dirigiéndose a la puerta mientras Carmen va hacia la cuna. A Juana, bajo.) (A ella es a quien has de acompañar. Quédate aquí con ella.) (Sale Irene.)

ESCENA III

CARMEN y JUANA.

JUANA ¿Tiene usted algo que mandarme?

CARMEN Recoge eso. (El sombrero y los guantes, que estarán encima de un mueble.) Guárdalo ahí dentro, (La alcoba.) en ese armario. (Juana lo hace. Carmen queda arrodillada junto a la cuna.)

JUANA Ya está.

CARMEN Echa esas cortinas. (Las del balcón. Juana lo hace.)

JUANA ¿Doy luz?

CARMEN No. No hace falta. Vete. (Vuelve a su actitud de antes. Al levantar la cabeza ve a Juana que continúa en la habitación.) ¿Aun estás ahí? ¿No oyes que te vayas? (Sale Juana.)

ESCENA IV

CARMEN. Luego, JULIÁN.

CARMEN ¡Hijo mío! ¡Hijo mío!... ¡No! ¡Cerca de él no!... Le despertarían mis sollozos. (Retrocede y se deja caer sollozando encima del diván.)

JULIÁN (Aparece en la puerta de la derecha.) ¿A obscuras?

CARMEN ¡Julián! (Secándose los ojos.)

JULIÁN ¿Te dió el capricho por no encender la luz? (Jovialmente.) Si es así, continúa. Nos saludaremos en la obscuridad.

CARMEN (Levantándose y dirigiéndose donde está la llave de la luz eléctrica que hay sobre la máquina en un pequeño reflector con pantalla verde.) No. Es mejor la luz. Ya la tenemos. (La habitación se alumbra en forma que algunos puntos, los del fondo, queden casi en la sombra.)

ESCENA V

CARMEN y JULIÁN.

JULIÁN Bien venida sea ella. (Se quita el gabán y el sombrero, los deja en un mueble y se dirige hacia la alcoba.)

CARMEN (Cortándole el paso.) ¿Dónde vas?

JULIÁN Donde siempre y como de costumbre. A dar un beso al niño.

CARMEN No. (Deteniéndole con el gesto.)

JULIÁN (Sorprendido.) ¿Qué?

CARMEN Que no le beses..., que no le beses... todavía... Haz cuenta que es un capricho, como el de la luz.

JULIÁN Raro capricho en ti.

CARMEN ¿Verdad?... Siempre que te olvidabas de ello, ¡cuántas veces han sido! te dije: ¡bésale! Ahora te acuerdas y me pongo enfrente de ti y te digo: No quiero que le beses.

JULIÁN ¿No quieres?

CARMEN Antes de hacerlo has de responder a una sola pregunta.

JULIÁN A cien, si lo pides.

CARMEN A una nada más. ¿Es cierto que te casas con otra?

JULIÁN (En la forma de sorpresa que el actor considere más conveniente a la situación.) ¡Cómo!... ¡Carmen!... ¿Quién se pudo atrever?... ¿Quién decirte?...

CARMEN La respuesta que necesito es otra. Sí o no. Con una sílaba me basta.

JULIÁN Carmen.

CARMEN Dí no, y franco se halla el paso. Ahí tienes a tu hijo esperando tus besos, con una sonrisa en la boca. Si me dices «Sí», ¿cómo has de llegar a él? ¿Cómo he de dejar que le beses?... ¿Aun no hablas?... Entonces es que sí.

JULIÁN (Reponiéndose.) No supongas nada, mujer. No adelantes los acontecimientos. En ocasiones las cosas no son como parecen. También quiero yo que hablemos, pero en otra forma, sin la exaltación que denuncian tus ojos, sin el ofuscamiento que la sorpresa pone en mí.

CARMEN Pero, ¿es cierto?

JULIÁN No como tú lo piensas. Si existe el plan de mis padres, es no trazado por mi voluntad y mi gusto. Mis padres ven en los planes suyos, óyelo bien, suyos, míos no,

seguridades, bienestares para mi porvenir. De eso a que yo preste mi conformidad hay mucha distancia. Claro que mis padres, tercos y tercos en su idea, trabajan sobre mi voluntad, sobre mis intenciones...

CARMEN ¿Y tú?

JULIÁN Te aseguro que a nada estoy comprometido, que no respondí sí a las pretensiones de mis padres.

CARMEN (Con amor y desesperación.) ¡No lo respondas, no lo respondas nunca, Julián! ¡Te lo pido por todo el amor que me juraste cuando caí en tus brazos! Por el amor que te tengo, hoy más grande, más poderoso que antes; porque antes, al principio, te debí la dicha de poder acariciar como enamorada, de llamarte mío; ahora te debo más: te debo la dicha de poder acariciar como madre, el santo derecho de llamar hijo a esa criatura. ¡No, Julián, no! ¡No nos abandones!... ¡El y yo te necesitamos! ¡Nuestra vida eres tú! (Dejándose caer en el diván.)

JULIÁN ¿Abandonarte? Nunca he pensado en ello.

CARMEN ¿Y en dejarme de querer?

JULIÁN Tampoco. (Sentándose junto a Carmen y cogiendo sus manos.) ¡No seas niña! (Atrayéndola hacia sí.) ¿No estás viendo que no?

CARMEN Sí; lo veo... ¡me hace falta verlo! ¿Verdad que mintieron aquellos hombres?

JULIÁN ¿Quienes?

CARMEN Los que dijeron allá, en la sala maldita, que ibas a unirte a otra mujer. ¡Mintieron!... ¡Mintieron! (Con pasión y grandeza.) No hay más que una verdad, la tuya, la de que tú me quieres.

JULIÁN Carmen...

CARMEN Si no dudo, te creo. ¡No oyes que te creo! Tus padres pensarán... lo que piensen; la gente hablará por lo que tus padres hablaron. Pero tú... ¡tú eres nuestro!...

(Yendo hacia la cuna.) ¿Oyes, hijo de mi alma? ¡es nuestro! ¡Es tuyo! ¡Es mío! ¡Como siempre!... (Volviendo hacia Julián.) ¡Repítelo muchas, muchas veces!... Sólo una oí que me abandonabas; pero fué tan espantoso el golpe, tan siniestra la negrura que rodeó mi espíritu, que necesito una y otra afirmación de tu querer para que esas sombras y desesperaciones huyan y me dejen volver a mi vivir... Porque yo estaba muerta. Te oigo, te he oído exclamar que me quieres, y me parece algo de un sepulcro.

JULIÁN Te quiero. Cien veces, y cien más lo repetiría, sin mentir, porque es cierto, porque no van a borrarse en un minuto de mi corazón y de mi memoria tantos y tantos días de caricias y de abandono y de placer.

CARMEN Loca fuí dando crédito a los decires de esos hombres. ¡Olvidarle! ¡Olvidarme! ¡Como si ello fuera posible! ¡Olvidar! Ni tú ni yo podemos. Toda la historia de nuestra pasión pasa en este minuto entre nosotros. Al apretarte con mis brazos, son todas las horas, todos los segundos de dos años los que sujeto entre nosotros dos. ¿No lo sientes, Julián?... ¿No sientes esas horas y esos segundos ir del uno al otro, de corazón a corazón?... Sí, los sientes, que tu corazón va ligero... Ligero va el mío... Juntos van, como deben: confundidos en un solo latir. ¡Eres mío! ¡Eres mío, como en nuestra primera hora de amor! (A la inspiración de la artista, sin acotaciones inútiles, queda este momento, como todos los de la escena.)

JULIÁN Tuyo soy; y de esa manera, sabiendo que soy tuyo, es como debes escucharme.

CARMEN ¡No hables!... ¡No quiero oir, quiero ver la respuesta en los ojos tuyos!... (Julián

aparta los ojos de los de Carmen.) ¿Por qué los apartas?

JULIÁN No por negarte mi cariño. Mi cariño te pertenece..., os pertenece. Sean cuales sean las circunstancias, ni él ni yo os hemos de faltar.

CARMEN ¿Las circunstancias?

JULIÁN Hablo de mis padres; de ese plan suyo que me contraría; de su obstinación, que me desespera; de mi porvenir, que al fin y a la postre es el vuestro. Mis padres, cuya fortuna es más apariencia que realidad... (Se detiene.)

CARMEN ¿A qué te detienes?... Tú, tan fácil de palabra, ¿no las encuentras? ¿Tan ruin es lo que anda por tu pensamiento que a ti propio te da vergüenza oirlo?

JULIÁN ¡No te exaltes!... Te suplico que no te exaltes. Por miedo a tus exaltaciones dejé correr el tiempo sin atreverme a abordar francamente lo que tu pregunta hace improrrogable. Te ruego que me escuches con calma. ¿No tienes confianza en mí?

CARMEN Hace un momento la tenía.

JULIÁN Por desgracia la vida no es solamente amor.

CARMEN Dolor es también; y también puede ser toda odio.

JULIÁN Ante todo es necesidad, urgencia de vivir, de ganar puesto en ella y de sostener el puesto una vez conseguido. ¿Me comprendes?

CARMEN Temo que sí.

JULIÁN Mi vida, en el sentido de la lucha, empieza hoy; para emprender la lucha, para llegar al éxito sin obstáculos que podrían derribarme antes de conseguirlo, precisa una base, un punto de apoyo, sólidamente firme. De ahí que mis padres pensaran en la boda... De ahí su empeño en que se realice. Pero ni ello es amor, ni

con el nuestro se relaciona. ¿Qué le importan a nuestro amor estas exigencias, estas necesarias fatalidades del vivir? Tú y yo estamos aparte. Demos a la realidad lo suyo y...

CARMEN (Levantándose y tapándole la boca.) ¡Calla! Piensa la infamia, ya que tu pensamiento fué capaz de parirla, pero ten el pudor del silencio y no tengas el atrevimiento de ofrecerme la complicidad. ¡Oh, Dios mío!... ¡Conque era verdad! ¡Conque aquellos hombres no mintieron!... ¡Y este hombre no se contenta con traicionarme!... ¡Quiere más, y me propone envilecerme!

JULIÁN Pero escúchame... ¡óyeme! (Acercándose a ella y queriendo coger una de sus manos.)

CARMEN ¡No me toques!... (Se aparta al ángulo opuesto a donde está Julián.) Esto es hecho. El amor tuyo lo perdí. El amor digno de ese nombre. ¡El amor! Amor no hay más que uno. El que yo sentía por ti, el que de ti esperaba. (Pausa.) Para ti acabó la mujer. Echemos la mujer a un lado... ¿Qué vas a hacer de mi hijo?

JULIÁN De nuestro hijo...

CARMEN Del mío. Ahora no es más que mío. Cuando hables veremos si es que puedes llamarle tuyo.

JULIÁN De continuar tus arrebatos; de empeñarte en no comprender, en poner insultos donde tienen sitio las razones, será mejor que por el momento nos separemos, y hablemos después, cuando tu locura te permita reflexionar y tu reflexión discurrir. (Se dirige al mueble donde están el gabán y el sombrero.)

CARMEN (Deteniéndole.) ¿Irte? ¿No oyes que es la madre quien habla, que no es la mujer?... A la mujer puedes abandonarla, despreciarla, sin darle siquiera explicación. Entre mujer y hombre, cuando por una par-

te o por otra el amor concluye, ha concluído todo. No volverás a oir recriminaciones y quejas de la mujer a quien abandonas. Me entregué a ti por mi voluntad. Por la tuya me dejas. Igual pude dejarte yo. El hombre y la mujer estamos en paz. Pero *eso* (Señalando la cuna.) no llegó a nosotros por su voluntad; *eso* no nos escogió libremente; *eso* no puede abandonarse. ¿Qué vas a hacer de mi hijo?

JULIÁN ¿Qué voy a hacer? Quererle, protegerle...

CARMEN ¡Palabras! Eso son palabras. Hacen falta hechos.

JULIÁN ¿Hechos?

CARMEN Comprenderás que habiéndote oído antes, no voy a fiarme de tus palabras de ahora. Ayuda, protección... ¿Eso ofreces?

JULIÁN Sí.

CARMEN Cúmplelo.

JULIÁN ¿Cumplirlo?

CARMEN Sí: maneras mil tienes de ello. Una hay que borraría todas mis dudas, y que tal vez alcanzaría todos mis perdones.

JULIÁN ¿Cuál?

CARMEN Dar al niño tu nombre.

JULIÁN ¿Mi nombre?

CARMEN ¿Te niegas?...

JULIÁN No me niego. Cuando le haga falta el nombre de su padre lo tendrá.

CARMEN Más adelante, ¿eh?

JULIÁN ¿Por qué no?

CARMEN Porque mientes en esto lo mismo que has mentido en lo otro. Porque tú, sólo atento a tu egoísmo y a la fortuna que ambicionas, no temes pisotear el porvenir de tu hijo y dejarlo solo, perdido, sin más amparo que el de Dios ni más nombre que el que deshonraste haciendo tuya a esta mujer.

JULIÁN (Con ira.) ¡Carmen!

CARMEN Eso intentas. Porque tú, si como amante eres un desleal, como padre de esa criatura eres un miserable.

JULIÁN ¡Es ya demasiado sufrir! Ni el haber sido lo que fuiste, ni el que haya una criatura entre los dos, te autoriza a tanto. Por mi hijo y por ti haré cuanto pueda, cuanto en mi caso hacen otros hombres, cuanto él y tú podéis, no exigir, suplicar. Si llevas tu locura al extremo de suponer que mi vida va a girar esclava en torno de la tuya, te engañas. Mujer eres; por serlo, puedes insultarme sin que te responda. Hasta ahí llego, no esperes que tenga la paciencia de seguir oyendo los insultos. (Cogiendo el gabán de encima del mueble.)

CARMEN ¡No, Julián! ¡No te vayas! No habrá más insultos en mí. ¡Insultos! ¡Imposiciones! ¡Yo no puedo insultar! ¡No puedo imponerme! Sólo puedo suplicar... llorar... ¡por él!... Por él suplico, por él lloro y pisoteo ante mi amor de madre, mi orgullo de mujer... ¡No abandones a nuestro hijo, Julián; con las manos en cruz y con el alma deshecha en sollozos te lo pido.

JULIÁN ¿Pero qué más pides? ¿No oyes que mi apoyo no le faltará nunca? Repito que a ti tampoco ha de faltarte.

CARMEN ¡Qué pido!... Tu nombre para él... La protección, el apoyo moral que el oro no compra ni regala. ¡Es el hijo tuyo, Julián! ¿No será horrible que el hijo tuyo tenga que bajar los ojos mañana y no se atreva a responder cuando le pregunten: ¿Quién eres tú? ¿Quién era tu padre? ¿No será espantoso que le digan: «¡Vete! No eres a nosotros igual. De los dos seres que dignifican con sus nombres la existencia del hijo te falta uno, por desconocido o por negado...» Ve que son

heridas incurables las que tales frases producen. ¿No piensas que un día nuestro hijo puede amar y ser el nombre que le niegas, la negativa de ese nombre, muerte de su amor y perdición de su conciencia? ¡No lo hagas! ¿Qué daño te ha causado para que lo mates moralmente?

JULIÁN He de repetirte otra vez que cuando precise mi nombre lo tendrá. (Impaciente y nervioso.)

CARMEN Si piensas dárselo, ¿por qué no de seguida? ¡Ah!... ¿Seré yo? ¿Será temor en ti de que yo, escudada con mi hijo y con el nombre que le des, sea obstáculo y escándalo de tu existencia? ¡Poco me conoces! ¡No importa! Oféndeme más. Cree eso de mí. ¡No me quejo!... Si eso es, pronta me hallo a que el temor tuyo se disipe. Renunciaré al niño. (Se dirige a la cuna.) Ahí lo tienes. Llévatelo. Te juro que no le veré más. ¿Que es horrible? Lo sé. ¡Figúrate si lo sabré! Para mí, peor que la muerte. No le hace, renuncio a él. A cambio del nombre tuyo, te lo doy.

JULIÁN ¿Separarte de él?

CARMEN ¡Separarme! Que me separes de él, que lo apartes para siempre de mí. ¡Eso te pido yo, y te lo pido de rodillas!... ¡Una madre pidiendo de rodillas, arrastrándose como si implorara su felicidad, que le quiten a su hijo!... ¿Verdad que parece locura? Y locura es. Sólo que es locura de amor santo, locura de madre que hasta las entrañas sabe arrancarse por el hijo.

JULIÁN Ni lo puedo, ni lo debo hacer. Siga al lado tuyo. Ni os abandono, ni os retiro mi apoyo. Piensa en ello, y mañana, más tranquilos, podemos resolver.

CARMEN ¡Ah! ¿sí? ¿Conque todo es inútil? ¿Conque una promesa hecha por tu embustera boca ha de bastarnos a él y a mí?... ¿Conque mi hijo va a quedar perdido, sin nombre, mientras los hijos de la otra, ¡de la otra! gozarán de tus riquezas y de tu nombre y de tu amor?... ¡Ah, no!... ¡No!... ¡Te juro que no, infame!

JULIÁN ¿Vuelta a los insultos? (Coge el gabán y el sombrero.) Adiós.

CARMEN ¿Adiós?

JULIÁN ¿No lo ves? (Vuelve la espalda a Carmen y se dirige a la puerta.)

CARMEN ¡Todo!... ¡Todo acabó!... ¡Todo concluyó para mi hijo!... (Apoyándose, para no caer, en la máquina. Al hacerlo empuja el rebujo de tela y deja al descubierto las tijeras.) ¡Ah!... (Por sus ojos y por su gesto ha de pasar con rapidez de rayo la idea del crimen.) ¡Que acabe para ti! (Se dirige hacia Julián, que llega al fondo.)

JULIÁN ¿Qué? (Carmen le hunde las tijeras en el pecho.) ¡Carmen! (Cae muerto.)

CARMEN (Arroja las tijeras al suelo con espanto.) ¿Qué hice yo? (Estupefacta. Con energía.) ¡Lo que debía hice! (Dirigiéndose a la cuna del niño.) Vale más que no tengas padre que tengas ése. ¡Hijo! (Inclinándose sobre la cuna.) ¡Despierta!... Sus ojos van a abrirse. (Corriendo las cortinas.) ¡No! ¡Verle, no! ¡No quiero que le vea! (Queda de espaldas a la cuna, sujetando las cortinas y fijos los ojos en el cadáver de Julián.)

TELÓN

FIN DE LA OBRA

PQ6607 R.C.
I28
v.1 98552

AUTOR
DICENTA, Joaquín

TITULO

32 862.62

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

Esta publicación deberá ser devuelta antes de la última fecha abajo indicada.